

Anastasia Candre Yamacuri: cantora de vida, mujer de palabra

Miguel Rocha Vivas

Resumen

En estas palabras en homenaje a Anastasia Candre se evocan experiencias del autor en eventos culturales y académicos, en los que Anastasia transmitía los valores de su pueblo (canto, baile) a través de su creación poética y artística.

Palabras clave: Anastasia Candre; poesía indígena; canto indígena.

Anastasia Candre Yamacuri: singer of life, woman of word

Abstract

These words in honor of Anastasia Candre evoke some of the author's experiences in cultural and academic events, where Anastasia transmitted the values of his people (song, dance) through her poetic and artistic creation.

Keywords: Anastasia Candre; indigenous poetry; indigenous song.

Un homenaje a Anastasia tendría que realizarse bailando, cantando, uniendo manos y brazos con el vibrante ritmo de nuestra Madre Tierra. Así es como recuerdo a Anastasia en el Primer Encuentro Nacional de Escritores y Escritoras Indígenas que coordiné en la Feria del Libro de Bogotá en 2011¹. Las narradoras contaron sus historias y los poetas leyeron sus versos. Con todo, fue la fuerza de Anastasia la que nos puso a todos de pie, en círculo, celebrando por vez primera el encuentro de toda una generación cuyas palabras mayores

Miguel Rocha Vivas (Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill). Poeta, fotógrafo, autor de literatura de viajes, ensayista. Ha ganado dos becas nacionales de investigación en literatura y el Premio Nacional de Investigación en Literatura en Colombia. Entre sus obras literarias pueden destacarse: *El héroe de nuestra imagen* (2004), *Perumanta qanchis aswan allin willakuyina* (2005), *Interacciones multiculturales* (editor, 2008), *Antes el amanecer* (recopilador, 2010), *El sol babea jugo de piña* (recopilador, 2010), *Flores del diamante* (2010), *Püitchi Biyá Uai, precursores* (editor, 2010), *Püitchi Biyá Uai, puntos aparte* (editor, 2010), *Palabras mayores, palabras vivas* (2010/2012). nem125@yahoo.com

habían comenzado a ser escuchadas, particularmente desde los años noventa. Anastasia nunca se quedó en el papel. En los encuentros y actividades que tuve la fortuna de compartir con ella, su fuerza ritual de la palabra oral cantada y bailada se imponía, se transmitía a través de su espíritu creador. El baile cantado con que culminamos el Encuentro Nacional nos proyectó un horizonte de esperanzas.

Quizás el momento más triste que compartí a su lado fue cuando visitamos juntos una muestra arqueológica en la universidad sede de la Feria del Libro de Bucaramanga. En las instalaciones universitarias se exhibían de manera permanente unas vitrinas arqueológicas que los curadores rotulaban como los restos de los antiguos pobladores chibchas del Cañón del Chicamocha. Anastasia se quedó mirando fijamente los cráneos de los llamados guanés... Entonces me percaté de sus lágrimas brillando como cristales en el reflejo de la vitrina arqueológica. Para Anastasia no estábamos ante una muestra antropológica de un pasado muerto. Tampoco existían esas estadísticas históricas sobre seres anónimos y primitivos cuya edad revela la fría técnica del carbono 14. ¿Qué importaba todo eso? Y en realidad ¿a quién le importaba eso? Anastasia estaba mirando gente con la que podría haber estado conversando hace cinco minutos, aunque los vidrios y los rótulos se empeñaran en acentuar aquella distancia tan escalofriante. Ésta es la Anastasia que yo más admiraba, y de cuya sensibilidad más aprendía. La Anastasia capaz de ver más allá de las apariencias. La Anastasia capaz de romper los cercos para levantar las conciencias con su palabra fuerte al compás del maguaré.

Parte de lo que Anastasia vio con horror en las vitrinas de la universidad fue la inexplicable frialdad capaz de poner en exhibición a los muertos ajenos en nombre de la ciencia internacional. Y era esa frialdad, que de otra manera podría llamarse arrogancia o ignorancia, la que Anastasia vencía con el calor que sabía generar cuando se dirigía hacia una o varias personas, para decir-cantar:

Mujer uitota su cuerpo oloroso
como el perfume de la flor del ají
su voz fuerte y picante
sola se apacigua la ira ardiente
su dulce corazón comienza a reírse jì jì jì.²

La mujer uitota, la mujer okaina, picante como el ají, era ella misma, son los versos, a veces indescifrables como el sonido retumbante del

maguaré, versos profundamente conmovedores como si cada sílaba nos tocara el corazón y la cabeza para anunciar un mensaje a través de la selva. Sí. Su palabra es capaz de darnos a beber la cahuana, la dulce bebida de vida, para reunirnos en torno al fogón de la gran casa familiar comunitaria. Sus palabras misteriosas como el yagé, bejuco del alma, no finalizan en el abismo del miedo... se abren en el abrazo de la certidumbre inefable. Anastasia reía mientras leía, cantaba mientras bailaba, cosechaba mientras hablaba. La raíz de *uai*, *rafue*, su palabra, nos ponía a andar por senderos de otrora, como si el tiempo tan solo fuera una vitrina, y sólo con su mirada pudiéramos dejar de lado la cáscara y probar la verdadera pulpa.

Anastasia recogía la palabra y tenía el don de plasmarla sobre la tela de yanchama, sobre el papel bond, e incluso en el ámbito formal y serio de algunos auditorios académicos. Su palabra dulce dejaba huella, sembraba ritmo, abría preguntas, generaba respuestas.

De todos sus recitales, recuerdo precisamente el que ofreció en 2011 en Bucaramanga. Aun no entiendo cómo algunas personas llegaron ese día por el mero hecho de que decían no haber visto una “indígena de verdad”. ¿A qué se referían con eso? ¿Quién era Anastasia esa tarde? ¿Cuál era su verdadero nombre?

Antes de la palabra no había nada. Ninguna pupila para sentarse. Ni la uña del pie, ni la ceja, ni el ombligo.³

Y allí estaba Anastasia, sentada en algún lugar de la Universidad, anunciada como una creadora okaina-uitoto proveniente de un lugar tan desconocido de Colombia que parecía no haber existido nunca sobre el mapa. Estábamos reunidos en un salón estrecho, frente a un montón de sillas fijas en fila y con poco espacio entre sí.

La gente primero se asombraba de la fuerza con que Anastasia se expresaba sobre sí misma, sobre su gente y sobre estar allí, presente, en ese justo momento. La sorpresa aumentaba cuando ella se ponía los anteojos y comenzaba a leer en uitoto y en castellano. Con todo, parecía que las lecturas casi siempre eran un preámbulo para que Anastasia hiciera lo que más sentía-sabía: transmitir las canciones ancestrales, en bora, en okaina, en las variantes dialectales del uitoto. Para algunas personas —quizás familiarizadas con el mundo del espectáculo a que nos han acostumbrado los últimos cinco minutos de los noticieros de todos los días—, ver bailar y cantar a Anastasia en unas lenguas que ni siquiera sabían que existían, tendía a producir una suerte de choque cultural.

Mandíbulas caídas, bocas descomunadamente abiertas, ojos totalmente fijos, risitas nerviosas y tal vez de burla. Pero nadie podía quedar indiferente. Tal era en parte la fuerza performática de la palabra de abundancia que compartía Anastasia. Como si fuera poco, Anastasia parecía realizarse plenamente cuando unidas de manos o de miradas, las personas comenzaban a seguir su ritmo, de pie, bailando. Lejos de lo burdo, sórdido o burlesco de los bailes de moda, Anastasia era capaz de introducir a su público de oyentes-lectores en el ritual de maloca. Sin embargo, Anastasia no fingía una maloca en la ciudad, ni intentaba producir un espectáculo. Anastasia estaba ahí, en un centro urbano de la cultura hispanohablante, desafiando y conjurando la raíz de la palabra en sus lenguas, con sus ritmos, con la fuerza de las imágenes ancestrales de ahora. Así ocurrió en Leticia, en Bogotá, en Medellín, en tantas ciudades. Cuando Anastasia se tomó con su palabra la Feria del Libro de Bucaramanga, los participantes parecían no saber cómo entender esa experiencia. El hecho llegó a despertar el interés de la televisión y de la prensa local.

Durante uno de sus recitales Anastasia había puesto de pie a todo un auditorio, rompiendo la estrechez de los pupitres y la pretendida seriedad de los púlpitos académicos. En verdad, fue en el preciso momento en que todo el mundo bailaba, intentando seguir su ritmo y su voz, cuando Anastasia rompió psíquica y espiritualmente esas vitrinas de exhibición que nos separan a los supuestos unos de los supuestos otros. Aquel día la muerte quedó a un lado, como hoy, la palabra fuerte, dulce y viva, la palabra abundante aquí y ahora, gracias a Anastasia que nos convoca, nos sigue convocando, nos seguirá convocando. Anastasia cantora de vida, mujer de palabra.

Notas

Reconocimientos: Texto leído en homenaje y memoria de Anastasia Candre Yamacuri en la Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia, ante la familia y los amigos y amigas más cercanos de la recién fallecida creadora okaina-uitoto. Junio de 2014.

¹ Presentación de poemas en lengua uitoto en “La fiesta de las lenguas”, en el marco de la XXIV Feria Internacional del Libro de Bogotá. Ver video de la presentación de Anastasia en:

<http://www.youtube.com/watch?v=fs1dYvAto-4>

² Fragmento de los seis textos poético-rituales-bilingües que publicamos con Anastasia en *Püitchi Biyá Uai* (Rocha 2010). En junio de 2014 planeábamos viajar al Encuentro Intercultural de Literaturas Amerindias en Iquitos, Perú. Anastasia se encontraba preparando una ponencia en la cual cuestionaba el concepto de literatura, ausente en su lengua y entorno, al tiempo que estaba explorando los géneros verbales múrui-muina (uitoto).

³ Alusión a un relato del abuelo Siake de la nación okaina, transcrito por Fernando Urbina en la década de los ochenta: “A medida que parpadeaba y parpadeaba con su ojo vacío / ese puntito fue creciendo, / se acercaba y se alejaba / se agrandaba y se achicaba esa basurita de nada... / hasta que ese punto se metió entre su ojo y se convirtió en la pupila. / Pero a esto mismo, a esto que era casi nada, / lo empezó a extender y a darle consistencia / hasta que fue bien firme aquella cosa. / En ella se sentó y comenzó a crear” (Urbina 2010: 32).

Referencias

- ROCHA, Miguel (Ed.). 2010. *Püitchi Biyá Uai, puntos aparte: antología de la literatura indígena contemporánea en Colombia*. Bogotá: Libro al Viento, Alcaldía Mayor.
- URBINA, Fernando. 2010. *Las palabras del origen, breve compendio de la mitología de los uitotos*. Bogotá: Ministerio de Cultura.